

DEVOLUCIONES MADRID EMISIONES CERO

Marina Lillo

Sumergidas en el patio central de un edificio de ladrillo y granito, en el corazón de Madrid y el límite de la zona de bajas emisiones, escuchamos las propuestas de cambio que nos rodean. Nos abrimos paso por fragmentos de las profundidades ecosistémicas y culturales de un Madrid que casi siempre, si te paras un poco, resulta inabarcable e imposible de comprender en su complejidad.

A través de sonidos de pájaros y discursos impactantes, encuentro de nuevo, una respuesta emocional. Oscilo entre querer reír o llorar. Creo que, incluso las personas que nos sentimos muy comprometidas en la lucha medioambiental y organizamos nuestras decisiones de vida respecto a ello, la mayor parte del tiempo lidiamos con un bloqueo emocional enorme.

Es como si a pesar de saberlo, no fuésemos siempre verdaderamente conscientes de ello. Es un mecanismo de defensa, intentando que no drene nuestra energía, ni nos haga sentir tan pequeños que no nos deje actuar.

Es difícil encontrar el balance para resistir desde lo colectivo, creando proyectos locales, desde abajo, desde lo concreto.

Por ello, ver la densidad de propuestas, energía y personas comprometidas que tiene nuestra ciudad, trae de nuevo la esperanza. Sesiones como estas nos permiten interconectarnos, no sentirnos solos, inspirarnos a colaborar en propuestas existentes, crear las nuestras, introducirnos más en las que conocemos.

En esta tarde, escuchamos respuestas desde las comunidades de vecinos, el activismo en las calles, en las redes, desde los ayuntamientos, el diseño, los relatos, desde el urbanismo, la educación, la alimentación...

También desde las grandes empresas con compromisos como los de Iberdrola o Madrid Nuevo Norte, se presenta el debate entre tener en cuenta todas las escalas y agentes distintos, que no suelen dialogar ni mezclarse, y la posibilidad de contribuir a una estrategia de marketing de responsabilidad social y medioambiental, sobre como se intentan hacer cargo de su impacto en las comunidades donde cierran sus plantas de carbón o blanquean un macroproyecto de especulación urbana.

De todas maneras, el congreso nos da una imagen de cómo en Madrid se está generando un tejido rico en iniciativas, desobediencia civil desde las compañeras de Extinction Rebellion, investigación, producción sostenible, huertos urbanos... Donde también están representadas las personas de mi generación, las estudiantes, que somos conscientes, desde bastante temprano, de que vivimos en un mundo en crisis, de que los recursos y el crecimiento son finitos y de que puede que nos hayan estado y nos estén preparando para un modelo obsoleto.

Es enriquecedor que se comuniquen las respuestas a la crisis, no desde "pequeños gestos individuales" (que siguen siendo importantes para ser coherentes desde la práctica cotidiana), sino desde grandes proyectos bien gestionados que cuentan con el trabajo y la ilusión de muchísimas personas.

Al mismo tiempo, me da miedo quedarnos en lo de siempre. Que nada de esta sesión nos haya puesto incómodos ni nos diga nada que no supiéramos antes.

Pero pienso en las propias capacidades de mis compañeras y de mi misma, de la ansiedad que nos genera no siempre poder actuar en la medida que queremos actuar, ni saber bien cuál es la manera correcta. Me cuesta entender los productos materiales en los que se convierte lo que hacemos y he dejado de entender las palabras que hacen a los discursos. Sin embargo, un montón de activistas imperfectas son mejores que un activista perfecto.

Todavía hay mucho por hacer y mucho por cambiar y sin duda, empezar a ponernos en conexión a través espacios y plataformas de exposición y debate, nos permite márgenes de actuación colectivos para crear juntas un Madrid resiliente .

No hay esperanza, hay acción.
Siempre estarán las calles.

